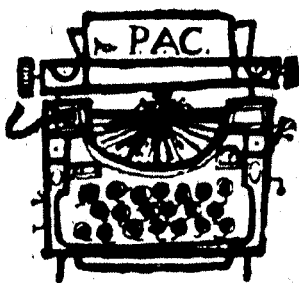


escrito a máquina

La casa de Rubén Darío



Toda ceniza es polen, dice valis.

Veo en mi infancia esa casa, ás grande, como iluminándose entre las sombras de un aguafuerte de Rembrandt. Y oigo la voz de mi vieja tía, encandoradamente bondadosa, que me va de la mano hasta la esquina me señala desde lejos la casa como si fuera una casa de una vela de misterio—: ¡Allí vivió Rubén! — Y en algún atardecer la acera, con sus butacas, un eta fino y delicado que me cita el Responso a Verlaine como si fuera su propio responso. Hablo de Lino Argüello. Y hablo, ego, de mis dieciocho años, cuando trasasé por primera vez dintel de esa casa: iba a visitar Alfonso Cortés, en los albores nuestro Movimiento de Vanguardia, y me estuvo leyendo poemas y hablándome del otro bitante, del invisible, hasta que pronto se sumergió en el silencio. Todo nicaragüense, de una manera u otra ha entrado allí, a casa de la Palabra.

Todo nicaragüense, de alquiler lugar, de Oriente o de Occidente, porque no fue la función de Managua como capital que terminó con el localismo, sino que fue esa casa. El localismo murió en esa casa y abrió para siempre nuestra universalidad. “Darío fue la llave al mar; el acontecimiento geográfico más grande en Nicaragua. Desagüadero de las nuestras reprimidas vegeaciones, que dio él solo más rutas marinas para América que el Canal de Panamá”, dijo Ernesto Cardenal.

En esa casa comenzó la poesía nicaragüense. No sólo la escrita sino cuanto de belleza contenga añana la Justicia y la liberación que logremos. Porque esa casa —; y esto es importante— comenzó nuestro nacionalismo, es decir, comenzó hablar nuestra nacionalidad. Antes era infante —“infante” significa “el que aún no habla”—; y ya Nicaragua, pero no se podía pronunciar como nación ni como destino.

En esa casa se rompió el silencio y hablamos al mundo.

Salvo en el caso de Rubén Darío, las veces que Nicaragua ha sentado en el sitio de la universalidad ha sido ataviada con el manto de la tragedia. En 1855 el volcán Cosigüina arroja al pacio por lo menos cincuenta kilómetros cúbicos de material explosivo que cubren de ceniza el país desde Veracruz (México) hasta Colombia y las Antillas. En esas regiones le llamaron el “año de la ceniza”. Ceniza fue esta fama como tantas veces se reventamos monstruosidades políticas. En 1856 la Guerra Nacional vuelve a convertir a Nicaragua en centro de atención universal y su agotador esfuerzo desangre por liberarse del insos filibustero es comentado en el occidente, y un historiador europeo, Eliseo Reclus llama a la llata de San Jacinto, “el aratón de América”. En 1927 a el Gral. Augusto César Sandino se le a colocar el nombre de Nicaragua sobre el tapete de la acusación y de la admiración mundiales con su heroica pero sangrienta guerra de guerrillas contra la intervención norteamericana. En 1931 el terremoto de Managua. En 1972 una vez la destrucción de la capital y otra vez el mundo hace entrar a Nicaragua, primero de ayuda, luego de su crítica y luego del estudio de geólogos, biólogos, economistas y urbanistas. Salvo en el caso de Rubén Darío, cada vez que Nicaragua se ha asomado al león del mundo, es un “Ecce

Homo”, un rostro herido y un cuerpo flagelado cubierto con el manto de la tragedia.

Cansados de ese manto negro (de ese “vuelo de cuervos que mancha el azul celeste”) ¿por qué no lavamos nuestro rostro de sangre y suciedad en la casa de Rubén y damos al mundo, los nicaragüenses unidos, una imagen limpia, una imagen noble, la imagen que todos llevamos dentro, cincelada por nuestra esperanza pero que el temor, la desunión y la apatía no dejan salir a luz?

¿No es posible que aprendamos del mayor de los nicaragüenses una lección de armonía humana distinta de ese áspero duo de destrucción y explotación que desgarran nuestros horizontes?

Todas las potestades que han impreso su huella o su zarpa sobre nuestra historia —volcanes, imperialismos, guerreros y tiranos— han exigido, como en el canto dariano de “Tutecotzimi”, sacrificios y víctimas humanas. Pero el pueblo ya está cansado de ese tributo. El pueblo quiere otra sociedad, vinculada por el amor y la justicia. El pueblo ya no quiere opresión ni represión.

“Nuestros padres formaron nuestras sagradas leyes; hablaron con los dioses en lengua de verdad. Y un día, en la floresta, votán dijo a un anciano que él no bebía sangre del sacrificio humano, que sangre es chica roja para Tamagastad”.

Otra vez el nicaragüense, como en los viejos anales de su raza, tiene que escoger entre Tamagastad, el héroe cultural que abomina el sacrificio del hombre —que desea un pueblo unido por el amor, una comunidad justa de iguales oportunidades y derechos—, o Cuauquimichin con su máscara de tigre que rompe las leyes de la hermandad e impone el egoísmo y exige el sacrificio de los más en aras de los privilegiados.

En la casa de Rubén, es decir, en la Casa de la Palabra, el nicaragüense tiene que ajustar su lengua a la verdad. La fecha de Rubén —año con año— no es una fecha para la retórica, sino para la purificación del lenguaje que nos relaciona. Ahí debemos reflexionar sobre la mentira que vivimos (y hablamos). Ahí, a sus puertas, tirar las flechas inútiles de tanta palabra falsa elaborada por el miedo o por el servilismo, y entrar a la verdad y de la sinceridad para volver a llamar las cosas por su nombre.

En la casa de Rubén debe esta raza trágica encontrar los términos que la hermanen, la dignifiquen, la devuelvan a una vida nacional que no nos humille ante el mundo sino que nos honre como nos honra el verbo de nuestro poeta.

En la casa de Rubén podemos y debemos encontrar el vocabulario de la liberación. Los viejos pipiles rechazaron al jefe que les exigía sangre. Rechazaron la humillación.

Entonces (dice el poema) vióse pasar un hombre cantando en alta voz un canto

“Cantaba cielo y tierra
alababa a los dioses, maldecía
(la guerra).
Llamáronle: —¿Tú cantas paz
(y trabajo)?
—Sí.
—Toma el palacio, el campo,
(carcajes y huipiles;
celebra a nuestros dioses;
(dirige a los pipiles).
Y así empezó el reinado de
Tutecotzimi”

PABLO ANTONIO CUADRA